

Ella está en el horizonte.

Yo me acerco dos pasos y ella se aleja dos pasos.

Camino diez pasos y el horizonte se corre diez pasos más allá.

Por mucho que yo camine, nunca la alcanzaré.

¿Para qué sirve la utopía? Para eso sirve, para caminar.

(Eduardo Galeano. *Ventana sobre la utopía*)

Un título nunca es neutral. Cuando selecciona un título para lo que ha escrito, el autor de un texto está dando una pista, señalando uno de entretantos caminos al lector, proporcionando una clave interpretativa. El título que Tomás Moro eligió para su obra de 1516 es *Utopía*, es decir, «no-lugar». Al igual que la isla, otros elementos de la novela aparecen en clave irónica (los nombres del río, Anhidro, o de la ciudad capital, Amaurota...). Sin embargo, el nombre del narrador de la novela, Rafael Hitlodeo, presenta un carácter más ambiguo. Aunque «Hitlodeo» podría traducirse del griego como ‘vendedor de sinsentidos’ o ‘charlatán’, «Rafael» es el nombre del arcángel que curó la ceguera al padre de Tobías, y en hebreo se traduce por ‘Dios sana’ o ‘medicina de Dios’¹. ¿Cuál es, por tanto, la posición que debemos adoptar respecto a lo que leemos en *Utopía*? Tomando esta pregunta como punto de inicio desenfadado, y sin intención de centrarme en el pensamiento de Moro, voy a aventurarme a buscarle una respuesta en las siguientes páginas. Para ello, voy a intentar llevar a cabo un análisis de los elementos estructurales del pensamiento utópico, así como a procurar arrojar un poco de luz sobre el valor que puede tener la «utopía» como categoría *práctica*².

Quizá podamos comenzar señalando que el pensamiento utópico olvida (aún más: rechaza), de manera esencial, determinados aspectos de la vida factual. La utopía representa una enmienda a la realidad y la proyección de un modelo de vida que, dependiendo del caso, puede construirse desde el pasado (el ideal de recuperación de un paraíso perdido), o hacia el futuro (nacimiento de un nuevo mundo perfecto). Así lo encontramos desde Platón (quien teoriza sobre la posibilidad de la ciudad-estado perfecta dirigida por sabios) y el pensamiento cristiano y milenarista (en sus conocidas versiones agustiniana —que postula el advenimiento de la Ciudad de Dios en el futuro— o joaquinista —que la acerca al tiempo presente—); y así aparece en las utopías del Renacimiento (la isla de Utopía, Bensalem o la Ciudad del Sol encarnan esa enmienda o modelo de los que hablaba anteriormente) y continúa en las formas que el pensamiento utópico adquiere a partir de la Ilustración.

Digo que las utopías pueden desenvolverse desde el pasado y hacia el futuro. Y a pesar de ello, la dimensión fundamental del pensamiento utópico es el presente. ¿Por qué? Porque la utopía es, ante todo, un impulso moral fundamental, una de las caras (teórica, en principio, aunque matizaré esto después) del poliedro de la *práxis*. Veamos en qué sentido.

Primero de todo, una condición se revela necesaria para que la utopía evite perder todo contacto con la realidad: debe concebirse a sí misma como realizable por medio del esfuerzo humano. Es desde esta perspectiva que el pensamiento utópico adquiere toda su fuerza. Ortega (cit. en Gómez y Muguerza, 2017, p. 29) insistía en la vida humana como

¹ Salvo que lo indique explícitamente, las referencias a las ideas de pensadores «utópicos» proceden de su texto *Breve historia de la utopía*.

² Utilizo esta palabra aquí como derivada de *práxis*, con todas las connotaciones (especialmente griegas y marxistas) que el término arrastra consigo.

quehacer. Pero es importante tener presente que este quehacer es un quehacer sin contenido —lo que Aranguren llamó «moral como estructura» (Aranguren, 1979-1990, p. 47 y ss.)—, un quehacer que no es hacer esto o aquello (no es un *hacer-que*), sino que, por el contrario, consiste ante todo en decidir, antes de hacer nada, qué es lo que vamos a hacer. La utopía es, de una parte, un modo de encontrar ese contenido, y, de otra, mirada desde una óptica distinta, uno de los aspectos que puede adoptar ese mismo contenido.

Así, cuando Tomás Moro expone en la segunda parte de *Utopía* el modo como se halla organizada la isla, no da una explicación de tipo trascendente teológico o naturalista para esa organización: el orden que reina en Utopía es manifiestamente un fruto del esfuerzo humano. La isla es tal por la acción de Utopo, antiguo jerarca que resolvió separarla del continente; la capital está situada en el centro, y su territorio ha sido racionalmente organizado; las tierras se hallan equitativamente repartidas por decisión de los utopianos; etc. La utopía no se deja caer en manos de la fortuna. El mismo origen, si bien con un carácter aún más marcadamente técnico, tiene la armonía que reina en la Bensalem de *La Nueva Atlántida* de Bacon: es una armonía lograda gracias a la sabiduría (científica) del género humano. Hacer de la utopía una posibilidad abierta a la *práxis* y no una mera ensoñación de la razón especulativa o de la pura imaginación es el valor clave del espíritu evemeriano.

De otra parte, la utopía sólo es posible cuando se comprende el mundo como una realidad abierta, sin hechos consumados y verdades últimas; un presente no como un orden dado e inalterable, sino como un campo de posibilidades. Sólo entonces el hombre, al hallar algún elemento enojoso en la realidad puede resolver hacer algo para cambiarla. Aquélla es la perspectiva lógico-ontológica que subyace al pensamiento utópico y éste es el impulso la sucede.

Si prestamos atención a la idea de posibilidad, vemos que ésta se nos aparece como la apertura de lo que es hacia lo que, sin ser todavía, puede llegar a ser; es la potencia, que puede realizarse como proceso, como movimiento: en el tiempo. Es lo que Ernst Bloch, el filósofo de la utopía por antonomasia, llamaba lo «todavía-no-llegado-a-ser» (Bloch, 1977-1980, p. 135). Es difícil que, al hablar de la utopía como la concepción de la posibilidad de evolución a mejor de la vida humana no pensemos en la interpretación de la historia como progreso que hemos heredado de la Edad Moderna. A pesar de ello, se deben marcar claramente las distancias entre cualquier idea de un progreso lineal, ineluctable o ilimitado de la historia y la mayor extensión del espíritu utópico. Para comenzar, como ejemplo paradigmático, el siglo XX tuvo sobrada muestra de cómo la fortuna y el tiempo todo lo truecan: Prometeo, que era la encarnación del hombre nuevo que nacía para la Modernidad en los siglos XV y XVI, quedó encadenado de nuevo a causa del fuego, de la ciencia y de la técnica, que tanto bien prometían a Francis Bacon, y que terminaron por tornarse en la antiutopía máxima: la muerte y la destrucción de dos guerras mundiales y de los regímenes totalitarios, muy a pesar de las advertencias de los «filósofos de la sospecha». Para distanciarnos de tal ficción, y al tiempo persistir en el envite utópico, podemos echar mano de la respuesta de Bloch a la pregunta «¿Puede desilusionarse la esperanza?». El alemán contesta con rotundidad que sí, que toda vida está llena de sueños que no se hacen realidad (Krotz, 2011). Pero la utopía no se ve necesitada de seguridad para persistir. Es así, por ejemplo, como se puede entender la virtud teologal cristiana de la esperanza. La fe —sin por ello dejar de ser también asentimiento al dogma— adquiere su sentido profundo como confianza en el sentido final de la vida, en la perspectiva utópica de recuperar el paraíso perdido tras la resurrección del cuerpo. Bloch cree encontrar en la utopía una estructura constante del espíritu humano, una tendencia liberadora de las cadenas de la historia (Krotz,

2011, *passim*) que para nada se encuentra anclada a realizaciones concretas como un espíritu de progreso del tipo indicado.

En relación con lo anterior es posible reparar en que la categoría de «ideología» se muestra radicalmente opuesta a la de «utopía». Por «ideología» aquí entenderé, en un sentido algo restringido, no tanto la deformación de una suerte de lectura correcta y prístina del texto de la cultura (su sentido más cabalmente marxiano, y por lo demás, cuestionable, en especial en lo que toca a esa supuesta lectura originaria, no mediada), cuanto la lectura *legitimadora* del orden establecido. Una encarnación paradigmática de este concepto de ideología sería el *there is no alternative* comúnmente atribuido a Margaret Thatcher, y, por extensión, al pensamiento de mercado y de la globalización. Esta forma de pensamiento único o unidimensional clausura el mundo, cercena toda posibilidad, de modo tal que, allí donde se presenta, no puede haber utopía. En un sentido similar, el ánimo que inspira la *Realpolitik* que Maquiavelo propone en *El príncipe* (1513) sería contrario al que inspira al pensamiento utópico, pues tiene sus raíces en la asunción de que el hombre tiende a la maldad, de manera que resulta más adecuado para los intereses políticos olvidar toda posibilidad de una razón utópica. El pensamiento político debe atenerse a cómo las cosas son, y no discurrir sobre cómo deberían ser³. De nuevo nos encontramos con la legitimación, con la renuncia a la posibilidad. Al prestar atención a este concepto restringido de ideología, no cabe sino admitir que la historia de la antiutopía, entendida como «la historia de los intentos de contrarrestar [la fuerza de la utopía] [...], de inhibir mediante la ridiculación [sic] y la difusión del desánimo estos sueños, de calificar de absurdos estos modelos y de desacreditar estos experimentos» (Krotz, 1990), es tan antigua como la historia de la utopía.

El pensamiento utópico proyecta ideas de un mundo mejor, acorde a las aspiraciones y los deseos de las personas. En este sentido, podría decirse que toda *u-topía* es también una *eu-topía*, un «buen lugar». Su contraparte es, de este modo, la *dis-topía* —*kako-topía*—, el «mal lugar». Esta modalidad de pensamiento tiene un valor innegable: el de servir de límite a los a veces demasiado altos vuelos del pensamiento utópico. En este sentido, el realismo de Maquiavelo puede servir de tope para las aspiraciones quizá en exceso optimistas de otros pensadores renacentistas como Pico della Mirandola o Giordano Bruno, y, como contrapeso a su duro realismo, se debe reconocer al florentino el haber reconocido el justo papel que el equilibrio entre fortuna y virtud juega en el devenir de los asuntos humanos. Y a pesar de ello, es necesario mantenerse siempre alerta, pues todo discurso que se opone a la pujanza del espíritu utópico corre el riesgo de convertirse en ideología si rebasa ciertos límites (o si es articulado por determinadas voces). Del mismo modo, la utopía no puede perder el equilibrio, debiendo resistir el tirón de las fuerzas legitimadoras sin caer por ello en la pura evasión imaginativa, para mantenerse como espíritu de apertura y de posibilidad, pero sin perder el contacto con la realidad histórica concreta.

§

Comenzaba el texto con la pregunta sobre la posición a adoptar en relación con la narración de Rafael Hitlodeo en la *Utopía* de Tomás Moro. A la luz de lo expuesto en las páginas anteriores, me atrevo a lanzar algunas indicaciones.

³ En este sentido se podría pensar también en Kant, quien, en 1798, cuestionándose si el género humano se halla en progreso constante hacia mejor, se resistía, a diferencia de Maquiavelo, a renunciar a la perspectiva de la esperanza de un mundo mejor, pues si el hombre tenía tendencias hacia el mal, también era propenso al bien.

Analizando el concepto de utopía desde múltiples perspectivas, nos encontramos con que, del lado psicológico (y sin entrar en disquisiciones que escapan al ámbito de este trabajo, pues estoy seguro de que habría mucho que decir desde la teoría psicoanalítica al respecto), la utopía se desvela como la ensoñación o la imaginación de un mundo diferente, más adecuado a las necesidades y deseos de cada uno de los individuos. Además, es una proyección al alcance del ser humano, que no tiene origen en la acción divina, de la Naturaleza o de la diosa Fortuna, sino que, sin aparecer sostenida por una pretensión de omnipotencia, ofrece unos objetivos que se suponen alcanzables por el esfuerzo humano.

En su dimensión ontológica encontramos que el pensamiento utópico concibe el mundo como un ámbito no clausurado de antemano, sino como un estado contingente de las cosas que es posible cambiar. Tanto en este frente como en el anterior, la utopía encuentra dos amenazas sempiternas. De una parte, la del pensamiento legitimador, que se le opone como un discurso que niega que el estado de las cosas sea alterable o, al menos, que lo sea por la mano del hombre; de otra, el riesgo de plantearse metas que las condiciones materiales o concretas de la realidad del mundo hacen inalcanzables. La respuesta de la utopía a la amenaza de la legitimación debe ser siempre la misma: en sí misma, la ensoñación no cambia nada, pero también es cierto que, sin ella, nada cambiaría. Quizá éste sea el sentido que podemos dar a la redacción de un texto como *Utopía*, pues muchas veces el papel es el único método con que el hombre poco dado a la acción, o que se ve frente a fuerzas que lo superan, tiene de rebelarse contra una realidad que lo enoja⁴.

La respuesta a la amenaza de la abstracción entronca con el aspecto clave del fenómeno utópico: la perspectiva que adquiere desde la ética (y la política, en un sentido más amplio). Aquí deben hermanarse lo que Bloch llama la «corriente cálida» y la «corriente fría» del pensamiento utópico⁵: la corriente cálida, el sueño de liberarse de la realidad incómoda, debe abrirse a la reflexión y al análisis de las condiciones fácticas políticas, sociales y culturales, a la condena de las ideologías que legitiman el orden que se rechaza, para (intentar) evitar errores y fracasos en la acción moral (individual) y política (colectiva). Éste es el verdadero poder de la utopía, que, cuando aúna la frialdad de la *epistêmê theôrêtikê* y la calidez de la *epistêmê praktikê*, se convierte en motor de la *práxis*, de la acción moral. La división entre acción y reflexión no es nunca tajante, y la utopía debe ser siempre una modalidad de pensamiento que, sin olvidarse a sí misma como ensoñación, sin olvidar el mundo como plexo de posibilidad, sin olvidar al hombre como agente de cambio, tampoco debe olvidar que debe estar situada.

¿Cuál es, por tanto, la posición debemos adoptar respecto a lo que leemos en *Utopía*? Sin entrar a considerar en detalle el valor histórico de la obra de Tomás Moro (que resulta enormemente ilustrativa de los problemas que azuzaban la vida campesina en la Inglaterra del siglo XVI como consecuencia del primer capitalismo), podemos proyectar su contenido hasta nuestra época. Mediante esta lupa, encontramos en el texto del siglo XVI el mismo espíritu que hoy inspira los movimientos altermundistas, el feminismo, el 15-M: el intento de imaginar una salida, de proyectar una alternativa a un mundo que se demuestra desagradable en ciertos de sus aspectos. Como los altermundistas, que niegan el fin de la historia y la ausencia de alternativas al sistema de mercado neoliberal, también el lord canciller de Enrique VIII creía que era posible construir otro mundo, y que la realidad de facto no era la única posible; donde las feministas reflexionan, diagnostican, y proponen

⁴ No puedo dejar de señalar que este «beneficio de la causalidad», ese «no pudo actuar sino como lo hizo», siempre es legítimamente cuestionable.

⁵ Bloch habla de corrientes cálida y fría del marxismo (Krotz, 2011).

medidas concretas para cambiar la situación de la mujer en el mundo (enmiendas a los códigos de leyes, visibilización del trabajo de las mujeres...), Moro teorizaba una comunidad perfecta fruto de la razón y la acción humanas; y, cuando los indignados del 15-M decidieron acampar en las plazas, Tomás Moro resolvió escribir *Utopía*, un libro que se oponía radicalmente a los poderosos nobles y terratenientes. Así, incluso, la utopía, uno de los rostros teóricos de la *práxis*, puede ser, en ciertos casos, acción, y no sólo reflexión. La utopía es un lugar de encuentro para el pensamiento y la acción, un lugar privilegiado para la *práxis*.

TRABAJOS CITADOS

Aranguren, J. L. L., 1979-1990. *Ética*. Madrid: Alianza Editorial.

Bloch, E., 1977-1980. *El principio esperanza*. Madrid: Aguilar.

Gómez, C. & Muguerza, J. edits., 2017. *La aventura de la moralidad. Paradigmas, fronteras y problemas de la ética*. Madrid: Alianza Editorial.

Herrera Guillén, R., 2019. *Breve historia de la utopía*. Madrid: Nowtilus.

Krotz, E., 1990. Invitación a la utopía: en torno a utopías y antiutopías. *Nueva Antropología*, 11(37), pp. 129-134.

Krotz, E., 2011. Introducción a Ernst Bloch (a 125 años de su nacimiento). *En-claves del pensamiento*, 5(10), pp. 55-73.